

Prof. Guido Villa-Gómez Loma
1917-1968

ERA EL TEMPLO DE SANTO DOMINGO

Guido Villa-Gómez L.

"La Peña" de Sucre

Era el de Santo Domingo un templo de singular estructura colonial: El ancho cuerpo de sus naves, de severa fábrica hispana, remata en la grácil espadaña frontal, circulando por la mediana tapia del atrio, que ornamentaban tres elementos de cuño mudéjar. Tres elementos dispuestos en armonioso equilibrio: A un lado, sobre el mismo nudo de la esquina, un cimero alminar, sugeridor de vagas reminiscencias de mezquitas moriscas; hacia el extremo opuesto, otro alminar –adosado al muro del antiguo convento– encubre la escalerilla que da acceso al coro; y entre los alminares, como afinado retoque al modo ornamental mudéjar, esa aérea crestería que coronaba las encaladas paredes del atrio. Tan cabal composición arquitectónica, ceñida y bella, fue lograda, sin duda, por un nostálgico alarife que rigió la obra con el plano de alguna estampa, íntimamente evocada, de su propia y lejana ciudad: Sevilla, Toledo, Zaragoza...

Era así el Templo de Santo Domingo. Era... Y ya no es más. Porque las zurdas picotas de la estolidez y la chabacanería –más demoledoras, ¡ay!, que los temblores sísmicos– han destruido las livianas cresterías del atrio, para suplantarlas por un murallón de piedra, pesado, postizo y ajeno, en absoluto, al neto estilo del templo. Las mismas picotas que derruyeron, ayer, la magnífica arquería romántica de la plazuela de San Francisco, acaban de consumir, ahora, otra triste hazaña oscura: El grosero remiendo que afea y deforma, irreparablemente, la clásica línea de Santo Domingo. Y la han consumado, por paradójal designio, con la táctica complicidad, cuando no con la expresa complacencia de quienes –arquitecto, párroco, Comité de Reconstrucción, sociedades culturales– tenían el deber de estimar y preservar los valores de la tradición y los hermosos monumentos coloniales de nuestra ciudad.

¡Redifiquemos, pues, siquiera en los talleres del recuerdo, aquellas afiligranadas cresterías: Manos estilizadas en actitud de plegaria que ascendían, con triunfal levedad, sobre la cal y el ladrillo de su fábrica! Ya ningún niño las verá, espectrales, bajo la noche lunada, embriagado por el efluvio de los floripondios del atrio...

07 de noviembre de 1953